

nales sin recargarnos con todo lo que hay, sino de todo lo que es relevante. Creemos sinceramente, como ha dicho Melvin Tumin, que este estudio es una muestra de todo lo que hemos aprendido sobre análisis en las ciencias sociales a través de las décadas desde el estudio de Middletown, U. S. A.

EDWIN SEDA BONILLA,
Universidad de Puerto Rico.

GUNNAR MYRDAL, *Rich Lands and Poor: The Road to World Prosperity*, Nueva York: Harper & Brothers, 1958, 168 págs.

“Porque a cualquiera que tuviere, le será dado, y tendrá más: y al que no tuviere, aun lo que tiene le será quitado”.

Este versículo, en su inimitable estilo bíblico (Mateo 25:29), revela el tono de la tesis del doctor Myrdal. El libro es en realidad una reedición en forma revisada de las conferencias dictadas por el autor en el Cairo por invitación del Banco de Egipto: y fue publicado el año pasado en Inglaterra con un título menos dramático y típicamente británico: *Economic Theory and Underdeveloped Regions*.

Como tantos libros de economía publicados después de la Segunda Guerra Mundial, *Rich Lands and Poor* refleja el cambio revolucionario que se observa en la actitud con que se enfoca el problema de los países subdesarrollados. Pero no es sólo un libro más de esta clase. Materialmente, es más pequeño que la mayor parte de ellos; sin embargo, dice más que la mayoría, y ha de suscitar más controversias que todos los otros juntos. Esto se debe a que el autor, enfocando la grande y creciente disparidad económica entre los países desarrollados y los subdesarrollados, no solamente culpa de este fenómeno al comercio internacional, sino que asesta golpes violentos contra los fundamentos mismos de la teoría en que se asienta y, de hecho, contra las doctrinas económicas, en general. Como erudito distinguido en su campo, reconoce sin vacilar que la teoría clásica y neoclásica explica una buena parte de los fenómenos económicos. Mas entiende que su deber es señalar de modo inconfundible cuán muda, evasiva o irrelevante resulta cuando el tema es “el desarrollo económico de los países pobres”. Verdaderamente, la teoría tradicional no ofrece siquiera un “rótulo” para el problema de las crecientes desigualdades regionales en un país. Y, como claramente demuestran los informes económicos de las Naciones Unidas sobre Europa, este es un problema serio, aún en algunos países relativamente desarrollados.

Muchos acólitos de los antiguos y modernos maestros de la doc-

trina del mercado libre, del laissez-faire (bajo todas condiciones y circunstancias) y del equilibrio estable, acusarán al doctor Myrdal de andar en mala compañía, tanto en lo político como en lo filosófico. Sin embargo, el autor no aboga por la nivelación del ingreso, ni siquiera en el marco de un país o de una nación. Conviene con Alfred Marshall en la defensa que éste hace de la prudencia, el buen sentido y la responsabilidad. Cree, a pesar de eso, que la creciente desigualdad en los ingresos (tanto en el campo internacional como en el interregional) es una causa principal de la tensión existente en el mundo; y su ideal es la paz mundial. Difícilmente podríamos aludir a su originalidad en este aspecto. Toda la discusión discurre sobre los supuestos explícitos del autor, respecto a la conveniencia de las metas de la democracia occidental y de sus ideales igualitarios de oportunidades (en lugar de igualdad en los ingresos).

Pero la originalidad de este libro no radica en llamar la atención sobre la creciente desigualdad internacional. Muchos lo han hecho anteriormente y en buen número de casos con mayor ilustración y minuciosidad; más no han convertido esta situación como Myrdal, en un problema central. Tampoco peca Myrdal de original cuando se lamenta de la insuficiencia de la teoría corriente para explicar el desarrollo económico. Su contribución y originalidad hay que buscarlas en las secciones donde esboza su propia teoría: la teoría de causación circular y acumulativa.

La teoría que presenta este economista explica el cómo y el por qué de las crecientes desigualdades. Comenzando con el ejemplo sencillo del proceso económico acumulativo que se origina en una localidad en que un patrono quiebra, debido a un fuego sin comenzar de nuevo sus actividades. Myrdal señala cómo la reducción en los ingresos de esa comunidad, no sólo desalienta la incorporación de nuevos empresarios, sino que también ocasiona la evasión de otros. Prosigue explicando cómo estos acontecimientos reducen la corriente de rentas públicas con que se costean la educación y otros servicios gubernamentales u obligan a aumentar la cuantía de los impuestos que han de pesar sobre aquellos que aún cuentan con ingresos y no han abandonado el lugar. En consecuencia, como esto a su vez reduce el nivel cultural y la productividad o impone una carga desalentadora sobre aquel sector de la población que trabaja. Todas estas circunstancias, y otras que huelga mencionar, acentúan y aceleran el descenso absoluto, o al menos relativo, de esa comunidad. Myrdal no vislumbra tendencia alguna, necesaria, ni siquiera natural, que detenga el descenso automáticamente. En otras palabras, no percibe fuerza alguna que de una manera automática contrarreste la presión original externa, producida por

la desaparición de un patrono importante. Por consiguiente, el concepto y los supuestos del equilibrio estable, tan esenciales y básicos a la estructura de la teoría marginal tradicional los somete Myrdal a una crítica severa y auténtica.

El autor sostiene que los supuestos convencionales requieren que se haga abstracción de lo que no es económico y de los varios factores culturales de la vida relacionados entre sí; y que esto nos obliga a prescindir de la realidad implícita en el dinamismo para lograr así la pureza de una teoría estática. Es difícil que alguien pueda objetar ésto. No obstante, el concepto del equilibrio estable constituye una ayuda valiosa para entender las interrelaciones de los factores económicos.

En este libro, sin embargo, no encontramos las lamentaciones de un pesimista. El autor se deleita en demostrar cómo el proceso circular y acumulativo también puede cooperar favorablemente en una expansión general, dinámica y cultural. De hecho, acertadamente nos recuerda el progreso automático logrado por Inglaterra, Estados Unidos y otros países desarrollados, una vez que sus economías alcanzaron cierto nivel (que lograron ser impedidas por fuerzas extrañas, tales como los descubrimientos geográficos y las medidas gubernamentales). Ha sido precisamente con ese objetivo, para promover y mantener un proceso acumulativo ascendente, que la planificación se ha instituido en Puerto Rico y en otras partes, aunque la declaración de los propósitos ejecutivos y administrativos sean a menudo diferentes. Myrdal eleva su voz y hace una llamada insistente a los países industriales, para que no condenen ni desanimen estos esfuerzos y ayuden más bien a sostenerlos.

El autor evidentemente supone que, de igual suerte que las tensiones interregionales y de clase han disminuido en los países ricos, a la par que las oportunidades se tornan menos desiguales—lo que sin duda ha sido el caso en las recientes generaciones—del mismo modo disminuirían las hostilidades internacionales si se redujeran las diferencias entre los países. No podemos, sin embargo, abstenernos de poner en tela de juicio este supuesto, aunque desearíamos considerarlo justificado. Pero la historia política y social antigua, medieval y moderna no le presta apoyo alguno. En todo caso, así como la igualdad gradual de oportunidades en Inglaterra, Europa del Noreste y América del Norte han tenido que esperar a que surjan fuertes gobiernos nacionales y organismos complejos de intervención gubernamental, y debido asimismo a que éstas descansan en una vasta coincidencia de valores culturales en el marco de cada sociedad nacional, así está muy lejos todavía el comienzo de un proceso equiparador de oportuni-

des. Habría que contar, primero, con la colaboración de organizaciones mundiales mucho más fuertes que las que hoy existen.

Con el fin de convencernos de su propia teoría, brevemente expuesta, es posible que al autor haya ido muy lejos en su crítica de la teoría tradicional. Por otro lado, una sacudida violenta puede ser una experiencia útil y conveniente para algunos economistas, activos en la administración o académicos. Muchos autores de textos y de otros libros de economía, así como de informes dirigidos a los gobiernos, se olvidan de los supuestos básicos de la teoría del equilibrio.

En la parte II de este libro, el doctor Myrdal expone cuales son sus objeciones a la teoría tradicional y lo hace discutiendo sus fundamentos filosóficos de una manera breve aunque animada. Tiene un interés especial, sin duda, en observar hasta qué punto reconoce que la teoría económica clásica y neoclásica adolecen de un gran contenido teleológico. Expone cuáles son las preferencias de los creadores de la teoría en ciertos aspectos; lo cual ha de irritar indudablemente a muchos académicos.

Pasando rápidamente de ideología a "escapismo" en la teoría económica, y luego a conveniencia de la ignorancia, Myrdal nos ofrece un análisis interesante sobre un punto saliens (desarrollado más bien de una manera apenas elaborada por los economistas clásicos), en relación a los intereses de las naciones extranjeras. Al tratar toda esta cuestión, Myrdal hace referencia a la dicotomía introducida por John Stuart Mill que estudia la producción separadamente de la distribución, al impacto del colonialismo y al despertar rápido y asombroso de los países pobres en los años de la postguerra. Exhorta a los economistas de los países pobres a que investiguen más y estudien cuidadosamente la teoría tradicional pero sin dejarse aprisionar intelectualmente por ella, hasta el punto de quedar incapacitados para hacer ajustes y reformas que la hagan adecuada a su propio medio. Finalmente aconseja a estos economistas cuando considera sus empeños en construir una nueva teoría más apropiada a que abandonen la vieja diferencia entre factores "económicos" y "no económicos" y se inclinen por la distinción entre factores "más relevantes" y "menos relevantes". El grado relevante de los factores cambia con la naturaleza de los problemas.

El libro de Myrdal es una obra pequeña y excelente, y que tiene un valor especial porque no suscita animosidad contra los países más ricos. Los extremistas, desde luego, considerarán que ésto es una falta. Pero el autor reconoce que la teoría no puede estar completamente divorciada del medio social. Por consiguiente, la advertencia última que hace a los economistas de los países pobres es en el sentido de que esfuercen tesoneramente en eliminar de las teorías que eventual-

mente puedan desarrollar el mayor número posible de preferencias personales. De no hacerlo así, no tendrán más éxito en el logro de una completa objetividad que el que tuvieron sus antecesores en la misma disciplina. Y tal vez los economistas de los países ricos conseguirían así, a la larga, una mayor objetividad cuando enfoquen ciertos fenómenos de los países pobres. ¿Y viceversa?

ALFRED P. THORNE,
Universidad de Puerto Rico.

MYRON RUSH, *The Rise of Khrushchev*, Washington, D. C.: Public Affairs Press, 1958. 116 págs.

Se ha dicho que el siglo XX es la "era del análisis". El atributo característico del investigador moderno es la búsqueda constante del significado "real" o subyacente en el símbolo o fachada externas—el desmenuzamiento de la aparente superficialidad de lo obvio y la penetración progresiva dentro de lo que uno supone que es una verdad oculta. A medida que la sociedad actual va tornándose más compleja y mientras el hombre va ganando conciencia de la infinita variedad de técnicas para disfrazar sus fines y motivos, se hacen mayor la necesidad y la justificación del enfoque analítico de los cambios sociales y políticos. Y sin embargo, hay algo que fundamentalmente no satisface al tratar las cuestiones políticas sobre la base exclusiva del análisis riguroso de las técnicas y métodos políticos.

Estas observaciones surgieron en mí como crítico durante la lectura de este corto pero bien documentado libro sobre el reciente desarrollo político interno en la Rusia Soviética, escrito por un miembro de la División de Ciencias Sociales de la Rand Corporation. El campo de la política soviética provee un terreno ideal para la especulación analítica, ya que se da por sentado que la existencia de la lucha por el poder en la Unión Soviética, debe desarrollarse en el contexto de un sistema en el cual los problemas fundamentales de la organización política y económica son "resueltos" oficialmente y sobre los que la libre discusión queda descartada. Ciertamente, una de las partes de este librito que me han parecido más interesantes es el Apéndice 2, titulado *The Role of Esoteric Communication in Soviet Politics*, el cual contiene una explicación sobre varias técnicas subrepticias usadas en escritos y disertaciones publicadas en la Unión Soviética para transmitir la existencia y las dimensiones de una particular controversia, o para indicar, sutil pero eficazmente, el poder real de determinados